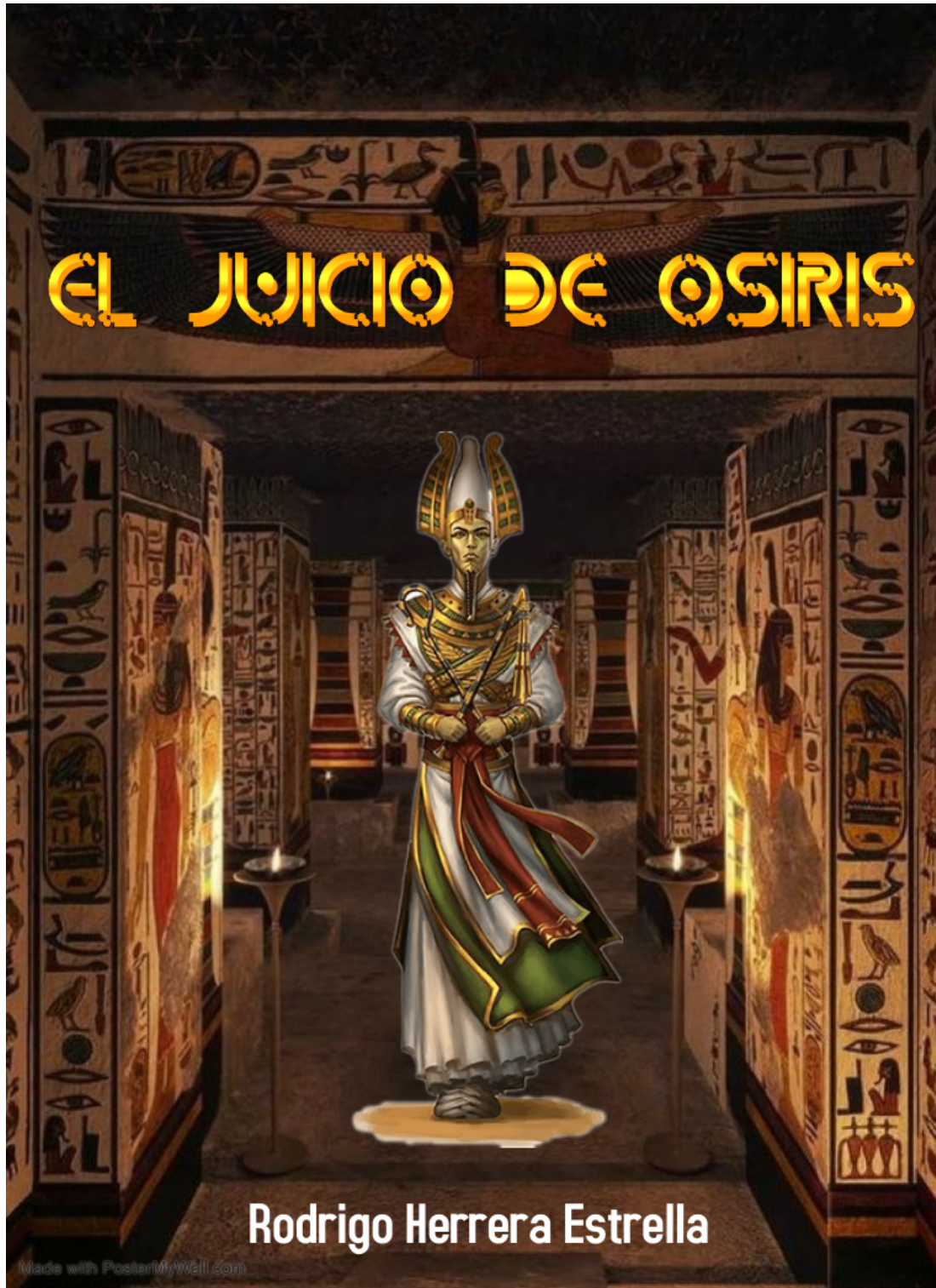


El Juicio de Osiris

Rodrigo Herrera Estrella



Capítulo 1

EL JUICIO DE OSIRIS



Abubakar despertó en una cama que no reconoció. Se sentó al borde del colchón de hojas de palma entrelazadas y apoyó los pies en el suelo de piedra. Primero miró la palma de sus manos, luego el dorso y después sus brazos. No recordaba haberse puesto la túnica que usaba, confeccionada de una tela blanca, suave y fresca como la espuma del río Nilo. Tampoco recordaba cómo llegó a ese lugar. “¿Dónde estoy?” se preguntó, y miró su mano izquierda. Lo último que recordaba era que la tenía negra e hinchada, apestando a carne muerta. Una serpiente la había mordido mientras paseaba con su padre, el faraón, en el jardín del palacio. Y ahora estaba ahí, en ese lugar extraño. Sin heridas y sin dolor.

¿Había muerto? ¿Él, el heredero al trono de Egipto había muerto? Esa pregunta se arremolinaba en su cabeza cuando alguien entró en la habitación. Era un hombre de piel negra como el ébano, de abultados músculos y espalda ancha. Era enorme. Debía medir más de seis codos de altura, porque cuando cruzó el umbral de la puerta se agachó para no golpearse en la cabeza. Y su cabeza... Su cabeza era la de un chacal, y cuando Abubakar la vio, lo supo. Sí, había muerto.

—Soy Anubis —le dijo el dios del Más Allá, ofreciéndole la mano—.

Acompáñame.

Su voz era profunda como el trueno que anuncia la tempestad, pero al mismo tiempo era dulce como la miel. Esa voz, que podía recitar los secretos de la vida y de la muerte, le pedía que lo siguiera. Y él obedeció. Lo acompañó por un pasillo de paredes que se elevaban al cielo hasta fundiéndose en la negrura del cosmos, y en ellas, tallado en jeroglíficos, se nombraba todo lo que Abubakar había dicho, hecho y pensado durante su vida. Las inscripciones junto a la habitación de la que había salido hablaban sobre el día de su nacimiento, y conforme avanzaban le relataron amistades olvidadas, amores y peleas juveniles, pensamientos de poder y ambición. Abubakar miró los jeroglíficos fascinado, pero justo antes de llegar al momento en que la serpiente le mordió la mano bajó la mirada. Los instantes previos a su muerte lo avergonzaban.

Salió del pasillo y entró en la Gran Sala, donde sentados en un enorme anfiteatro lo esperaban los cuarenta y dos jueces del tribunal del inframundo, presidido por el dios Osiris, sentado en su trono de oro y marfil. En el centro circular de la cámara había una balanza, y junto a ella estaba Ammyt, el devorador de muertos. El monstruo, con cabeza de cocodrilo, patas traseras de hipopótamo y delanteras de león, afilaba sus garras en el piso dejando profundos surcos en la piedra.

—Abubakar, hijo de Khartum —dijo Osiris, y de su piel verde vegetal brotaba vida y luz—, ahora serás juzgado. Si tu corazón pesa más que una pluma, Ammyt lo devorará, pero si pesa menos irás con nosotros a los campos de Aaru.

Dichas estas palabras apareció una pluma blanca en un platillo de la balanza. En el otro apareció el corazón de Abubakar.

—¡Ahora has tu declaración! —dijo Osiris alzando su cayado— Y veremos si tu corazón declara en tu contra.

—No hice nada abominable a los dioses, no he cometido maldad contra los hombres —dijo Abubakar y el corazón sobre la balanza aumento de tamaño, inclinándola—. No he causado dolor a nadie, no hice padecer hambre, ni di orden de matar —el corazón creció de nuevo y el hocico de Ammyt comenzó a babear—. No hice trampa con las tierras...

Y así siguió con una larga lista, pero mientras lo hacía el corazón siguió creciendo, hasta que el platillo de la balanza que lo contenía tocó el suelo.

—¡Soy puro! ¡Soy puro! —suplicó Abubakar, arrodillado y con el rostro cubierto de lágrimas— Jueces, por favor ¡Se los suplico! He sido un

hombre de bien. ¡Osiris por favor! Suplico tu amparo.

El Dios Rey se levantó del trono, tomó el corazón con ambas manos y lo balanceó en el aire comprobando su peso. Luego, sin decir nada, se lo arrojó a Ammyt y este lo tragó sin masticarlo.

—Tu vida fue egoísta —dijo Osiris—, hambrienta de poder y dominada por la ambición. En tu apuro por heredar el trono pusiste una serpiente en el camino de tu padre, pero él es un hombre justo y bondadoso. Tiene nuestro favor y por eso evitamos su destino, el mismo que finalmente encontraste tú. Como castigo te devolveré a tu cuerpo, y permanecerás en él hasta que descubras el verdadero significado de la vida.

Y Abubakar despertó en un sarcófago sellado bajo una enorme pirámide, envuelto en vendas y relleno con paja e incienso. Quiso gritar, pero no pudo hacerlo sin pulmones. Levantó el sarcófago de piedra a duras penas, y una vez afuera se dedicó a buscar una salida. Pasaron meses hasta que encontró un pequeño agujero que salía del sepulcro.

Vagó por las arenas del desierto durante décadas, ocultándose de los humanos y animales carroñeros, lamentándose de su destino. Por las noches le rezaba a las estrellas y en el día le imploraba a Ra, dios del sol, que le pusiera fin a su sufrimiento. Nada cambió, y la abrasión de la arena con el paso de los siglos le desprendió la piel momificada y los músculos embalsamados, hasta que llegó el momento en que solo era una pila de huesos andantes, amarillenta, asquerosa y triste. Pero un día, igual a muchos otros, se tiró en la arena y decidió que no seguiría caminando. Se quedaría ahí hasta que sus huesos se erosionaran con el viento.

Después de dos milenios era solo una calavera pensante. Día tras día, noche tras noche, la monotonía era una bendición que no le permitía distinguir si había pasado un segundo o un año, hasta que una tarde, por primera vez desde que estaba ahí, nevó. Abubakar no lo sabía, pero los imperios de reyes lejanos crecieron tanto que cambiaron el clima.

No pensó ni reflexionó nada, y sus cuencas vacías observaron como el desierto del Sahara se cubría con un manto blanco de hielo. Luego observó como la nieve se derretía creando arroyos diminutos, mojando arenas que habían permanecido secas durante milenios, pero cuando el agua se evaporó, sufrió. Sufrió terriblemente por tener que esperar dos milenios más para que algo volviera a cambiar, hasta que en medio de su tormento algo surgió en la arena.

Un brote verde se elevó buscando al sol. Y cuando miró a su alrededor el desierto estaba cubierto por una alfombra verde hasta el horizonte. A los pocos días el Sahara florecía por completo.

Abubakar comprendió el sentido de la vida, y en ese momento su calavera se fundió en el viento, llevando su conciencia a los campos de Aaru, el paraíso de los dioses.

